

## Leer la Biblia 4

### Conocer la Sagrada Escritura y amarla

Rebeca Reynaud

Dios nos habla con todo lo que sucede, con la creación y con la lectura y meditación de su Palabra. La Palabra de Dios es la que hace todo. ¿Me habla el pajarito? Sí, por su perfección y por su canto.

Hay una obra de teatro, en cuatro actos, de Edmund Rostand titulada *Chantecler* (Cantaclaro), que es un gallo, y se desarrolla en una granja de una casa de campo. Fue muy discutida porque los actores eran animales. El protagonista era el gallo Chantecler. Ese gallo tenía el convencimiento de que cuando él cantaba, salía el sol. Era admirado por las gallinas, pero él se cansaba de que se peleaban por los granos de maíz y de los chismes. Un día llegó una Faisana dorada. Se asomó al gallinero y él se enamoró de la Faisana. Él pensó: “tengo que elegir entre las gallinas y la Faisana”, y se fue con la Faisana, pero ella vivía en el bosque, donde había oscuridad. Él se adentró en el bosque a pesar de que tenía miedo, y conforme iba amaneciendo se iba poniendo más nervioso, pensó: “¿Qué va a pasar en el gallinero? Se van a morir porque no va a salir el sol. La Faisana le pidió que renunciara al sol; pero él se negó. Sacrificó su amor y regresó al gallinero porque tenía que sacar al sol.

Nosotros también hemos de ver la dimensión cósmica de la Palabra: toda la materia que existe es, entre otras cosas y sobre todo, para que el Señor pueda hacer la Eucaristía.

Cuando el Verbo se encarna, tiene un rostro, porque la Palabra se hizo Hombre. ¡Es un hecho asombroso! Todo se hizo por el Hijo y todo va hacia él.

San Juan Crisóstomo, Padre y doctor de la Iglesia, tenía intimidad con la Palabra de Dios, cultivada durante sus seis años de vida eremítica, y decía: “Ni las grandezas de la gloria humana, ni la majestad del poder, ni la presencia y favor de los amigos, ni otra cosa alguna de las humanas, puede consolar al alma que se encuentra consumida por la tristeza, como la Sagrada Escritura” (...) “La lección de las Sagradas Escrituras es una conversación con Dios, y cuando al que está consumido por la tristeza es Dios quien le habla, quien lo consuela ¿qué habrá entre las cosas creadas que pueda entristecerlo?...”. (*Homilías I*, Ed. Tradición, México 1976, n. XIII).

Joseph Ratzinger dijo en una ponencia: “La constitución conciliar *Dei Verbum*, de 1965, sobre la divina Revelación, abrió un nuevo capítulo en la relación entre el Magisterio y la exégesis científica. Ante todo, define el concepto de Revelación, que no se identifica en absoluto con su testimonio escrito, que es la Biblia, y así abre el vasto horizonte, histórico y a la vez teológico, en el que se mueve la interpretación de la Biblia, una interpretación que considera las Escrituras no sólo como libros humanos, sino también como el testimonio de que Dios ha hablado. De este modo resulta posible determinar el concepto de Tradición, el cual también va más allá de la Escritura, aunque tiene en ella su centro, puesto que la escritura es ante todo y por naturaleza “tradición” (...).”.

(Relación entre Magisterio de la Iglesia y Exégesis. Ponencia con ocasión de los Cien años de la constitución de la Pontificia Comisión Bíblica. Publicada en L'Osservatore Romano del 16 de mayo de 2003).

El Concilio Vaticano II dijo que había que darle un buen empujón a los estudios bíblicos. Se redacta la constitución dogmática sobre la revelación *Dei Verbum*, que es tal vez el acontecimiento más grande del Concilio. Hay un viraje en los estudios teológicos. La Liturgia se organiza para que se conozcan las Escrituras. En la Biblia no hay sólo una historia humana, sino es una comunicación que Dios quiere tener con cada persona. Es una Palabra que, por ser de Dios, no se ve afectada, no está fluctuando por los acontecimientos históricos, no está a merced de lo que está pasando.

Sin embargo, la historia sí influye en los que leen la Palabra de Dios y en los que la escribieron. Hay que interpretar viendo lo que querían decir los que la escribieron, es decir, lo que quiso decir el Espíritu Santo.

Jesucristo quiere que conozcamos los signos de los tiempos, dice: "Escudriñad las escrituras". Los tiempos históricos van hacia la unidad de los cristianos, hacia el ecumenismo.

La realidad profunda de la Escritura consiste en que "la palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del Eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres" (*Dei Verbum*, n. 13).

El Verbo de Dios empieza a vivir en el seno de la Virgen; lo instala el Espíritu Santo. La Palabra es confiada al seno de la Iglesia; la instala el Espíritu Santo. El autor sagrado no ha escrito un dictado; ha vivido en el seno de una comunidad y después ha escrito.

Los Libros de la Biblia enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios, para nuestra salvación, quiso consignar en las sagradas letras (cfr. *Dei Verbum*, n. 11). Por eso es importante fomentar la preocupación por captar el sentido de los textos con la máxima exactitud y precisión y, por tanto, en su contexto cultural e histórico; y, al mismo tiempo, manifestar su inserción en el proceso total de la revelación. Los judíos del siglo I creían que al tercer día de enterrado un muerto, comenzaba la corrupción; por eso el Señor dice que va a resucitar antes de la corrupción. Esta es una de las últimas cosas que se han descubierto. También se habla de los eunucos en los Hechos de los Apóstoles, aparentemente, sin venir a cuento, y es que para los judíos, los eunucos no podían pertenecer al pueblo de Dios, porque la entrada al pueblo judío era la circuncisión.

Dios escucha al hombre, se interesa por lo nuestro. Luego, en su gran condescendencia, Dios nos habla en palabras humanas. A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, Jesucristo, "es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, dice San Agustín (Psal. 103, 4,1). Allí el cristiano encuentra su alimento y su fuerza. El pecado se puede ver como falta de escucha a la Palabra de Dios.

Hay que leer la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* de Benedicto XVI. La lectura de esa Exhortación hace disfrutar; sobre todo la primera parte, para saber cómo hacer más presente la Palabra de Dios en la vida del pueblo de Dios, ya que la Biblia ha de ser el libro de *cabecera del cristiano*. Su mensaje no se agota nunca. No se trata de leer mucho cada día, basta con leer 15 minutos, con profundidad, sin prisas, en presencia de Dios, pidiendo ayuda al Espíritu Santo para comprender lo que quiere decirnos ese día con las palabras que nos toca leer. De esta lectura *meditada* saldrán propósitos de mejora en el trabajo, en el trato con los demás, puntos para meditar...

La Exhortación habla también de María es “Madre de la Palabra de Dios y Madre de la fe”. La Virgen primero concibió la Palabra de Dios en su corazón.